

Capítulo IV

*Del curioso escrutinio que la librera y el quiosquero hicieron
en la biblioteca de nuestro ingenioso detective*

A LA MAÑANA SIGUIENTE, la librera, el quiosquero y la asistenta contemplaban compungidos a un maltrecho Frank dormido en su cama. El torso y los brazos eran un cóncave de cardenales y hematomas, y el rostro, una fusión del *Ecce homo* de Borja restaurado y de la cara del Potro de Vallecas después de una mala noche en el cuadrilátero. La asistenta rompió el silencio:

—Lo trajo la policía hace un rato. ¡Lo encontraron tirado en una cuneta en el Aljarafe!

Antonia continuó después de unos segundos:

—Han sido esas malditas novelas policiacas. ¡Se ha vuelto majareta de tanto leerlas! Desde hace más de un año no se dedica a otra cosa. ¡Y ahora le ha dado por decir que se llama Frankenstein y que es detective privado!

La librería la interrumpió, incómoda:

—No será para tanto, Antonia.

—¿Que no será para tanto? ¡Le puse esta mañana *Corazón loco* de Bambino y se quedó frío! ¡Me dijo que le buscara algo de Frank Sinatra!

La asistente ahogó un hipido, abrumada. Aún había más:

—Le he puesto después el vídeo de la corrida de la Feria de Sevilla de 1980 en la que Curro sale por la Puerta del Príncipe y nada...

Antonia era un mar de lágrimas.

—Al final busqué el vídeo del fallo de Cardeñosa en el Mundial del 78 ante Brasil...

Macarena y Pepe la miraron espantados. Antonia se justificó entre sollozos:

—¡Es que estaba desesperada!... Pero ni siquiera con eso reaccionó. Apenas lo miró, y después va y me dice que le encuentre... ¡un buen partido de béisbol!

Antonia lloraba desconsoladamente. Macarena y Pepe observaban circunspectos a Frank, ahora sí conscientes de la extrema gravedad de la situación.

Antonia logró controlarse y salió del dormitorio. Macarena y Pepe la siguieron hasta el salón, que se había convertido en una inmensa biblioteca, al igual que el largo pasillo y el resto de habitaciones de la casa. Era como un tumor desbocado

que había sobrepasado los espacios acotados de las librerías y de las repisas para hacer metástasis en los lugares más insospechados. Había pilas de libros en el suelo, sobre las mesas, bajo las camas, encima de los armarios... La librera y el quiosquero fueron curioseando portadas.

—¡Es todo novela policiaca clásica y novela negra! ¡Y a mí no me las ha comprado! ¡Qué hijo de su madre! —se indignó Macarena.

—Las compraba por Amazon —aclaró Antonia, un punto avergonzada.

—¡Después se quejan de que las librerías independientes desaparezcan!... En fin, Paco no puede seguir leyendo esto. Tenemos que deshacernos de todos los libros. Se los regalamos a Oxfam.

—¿Y qué le decimos cuando se despierte? Se ha vuelto majareta, no gilipollas. Y aquí no hay encantador Frestón que valga —zanjó Pepe.

El quiosquero contempló admirado el espectáculo y señaló una estantería del salón.

—Mira, ahí está toda la serie completa de Pepe Carvalho, modelo y espejo de detectives gastronómicos y letraheridos. Sherlock Holmes, Ferran Adrià y Bernard Pivot en un solo ser mítico.

—No olvides que, según confesó su propia madre en *Yo maté a Kennedy*, a los once años el angelito leía *El criterio*,

del Padre Balmes, y *La vuelta al mundo de un novelista*, de Blasco Ibáñez.

—Y aquí tenemos a su discípulo más aventajado, el Montalbano de Andrea Camilleri, arquetipo del comisario siciliano: un tipo con conciencia de clase, radicalmente incorruptible, sobrenaturalmente fiel a su novia Livia y tan cultivado que en «El arte de la adivinación» de *Un mes con Montalbano* había leído «una deliciosa novela del siglo XVIII que se titula *El diablo enamorado*», y no solo la había leído, sino que recordaba que la había escrito un tal Jacques Cazotte, y conocía incluso por sus lecturas de Gérard de Nerval la anécdota sobre Cazotte que quería contarle el profesor Antonio Cosentino.

—Aquí hay otros brillantes epígonos —provocó Macarena a su amigo apuntando hacia otra estantería.

—¡La colección entera de Bevilacqua y Chamorro de Lorenzo Silva! Dos décadas de tensión sexual no resuelta, efecto secundario (probablemente) de la excesiva querencia de Bevilacqua por la psiquiatría.

—¿Y qué me dices del amigo Mario Conde, otro ilustre pupilo carvalhano?

—El Conde milita en categoría aparte. Bastante tiene con sobrevivir al Periodo Especial y sus secuelas.

—¿Qué te parece eso de ahí? —preguntó Macarena, dirigiendo la mirada hacia unas repisas en las que se alineaban

por orden cronológico todas las novelas policiacas de Francisco González Ledesma y de Juan Madrid.

—El inspector Méndez y Toni Romano. Dos dignos herederos de los grandes detectives estadounidenses de la edad de oro, en versión castiza. Y adelantados a su tiempo: en *Expediente Barcelona* y *Las calles de nuestros padres* Méndez es un auténtico Torrente de la Transición. ¿Y qué me dices tú de esto?

Pepe el quiosquero hizo un gesto hacia un armario-librería que contenía libros antiguos encuadernados. Macarena recogió el guante:

—Vaya, Paco ha hecho los deberes y, como debe ser, comenzó por el principio, por la novela clásica de detectives: aquí tenemos al comisario Auguste Dupin de Edgar Allan Poe, que según la opinión general inauguró el género. Y por supuesto Sherlock Holmes y Hércules Poirot y Miss Marple al completo. Como decía Raymond Chandler en *El simple arte de matar*: las novelas policiacas clásicas británicas son puros «problemas de lógica y deducción», pero en estas llegó Dashiell Hammett, creó la novela negra y mandó parar. En palabras de Chandler, «Hammett devolvió el asesinato al tipo de gente que lo comete por alguna razón y no solo para suministrar un cadáver».

—¿Y en España?

—Pues en España, como siempre, vamos con retraso. Los americanos tienen *Cosecha roja* y nosotros somos de

«cosecha tardía», aunque hay quien llega a calificar a Sancho Panza de «Nero Wolfe de nuestro Siglo de Oro». Pero, arrebatos patrióticos aparte, las primeras novelas policiales dignas de tal nombre se escriben en castellano y catalán en los cuarenta y cincuenta, como el magnífico *El inocente*, de Mario Lacruz, que también tiene nuestro amigo, aunque el propio Lacruz decía que *El inocente* era una novela existencialista más que policial.

—Por aquí veo también a Simenon y su comisario Maigret.

—Simenon es uno de los grandes. Y Maigret, un precursor.

—¿Precursor?

—Sí, por ejemplo en lo gastronómico. A diferencia de Holmes, Sam Spade o Marlowe, insensibles a los placeres culinarios, Maigret aprecia la buena cocina franco-alsaciana de su señora. Y fíjate la que ha liado: de las cacerolas de *frichti* y la *blanquette de veau* de la señora Maigret hemos llegado, degenerando, degenerando, a Carvalho guisando «un arroz con escupíñas muy parecido al arroz de Arzak» en *Asesinato en el Comité Central*. Y hay daños colaterales aún más crueles, como la pobre Josefina, la madre del flaco Carlos, el amigo del alma de Mario Conde, luchando a brazo partido contra «cuotas, libretas y ausencias irremediables» cada vez que quiere cocinar en La Habana un festín para su hijo, y el Conde...

—¡Mujer..., visto así!

—¡No lo dudes! ¡Y precursor también en lo literario!

—¿Maigret? ¡No me jodas! ¡Pero si solo lee el periódico!

—Acuérdate de que en *Entre los flamencos* reconoce y recita el final de la *Canción de Solveig* de Ibsen, escrita por Marguerite Van de Weert en un retrato de su adorado Joseph Peeters.

—Un momento de debilidad de Maigret, sin duda.

—Puede ser, pero mira dónde hemos terminado: empieza uno con Maigret citando a Ibsen y acaba con Carvalho quemando *La última cinta* y *Acto sin palabras* de Beckett en *Los pájaros de Bangkok*.

—Uno se pregunta a final de cuentas por qué se ha hecho tan popular la novela policiaca.

—¿Has leído *El cadáver en la cocina*, de Joan Ramon Resina?

—No tengo el gusto.

—Si lo hubieses leído, sabrías que es un género de estructura esquemática, «en la cual se funden una arcaica corriente narrativa emparentada con el cuento popular y una corriente epistemológica conjetural, decididamente moderna, originada en el esfuerzo científico para establecer taxonomías exhaustivas y leyes universales, esto es, códigos generales de interpretación».

—¡Dios bendito!

—Y sabrías también que la novela policiaca es «una proyección ideológica de los valores burgueses» y «representa los valores de la capa inferior de la burguesía y especialmente de la pequeña burguesía», si bien «no refleja necesariamente las condiciones de vida de esta clase, sino lo que podríamos llamar la falsa conciencia pequeñoburguesa de esas condiciones».

—¡Amárrame esos pavos!

—Pues es elemental, Pepe querido... Pero yo tengo mi propia teoría, aun siendo dolorosamente consciente de su carácter completamente acientífico y de su absoluta falta de solidez intelectual si se compara con la inapelable lógica del Resina.

—¿...?

—Yo creo que la novela policiaca es nuestra moderna novela de caballerías, el reino de fantasía en el que nos refugiamos de un mundo cada vez más hostil. Sobre todo la novela negra, que, además de la evasión, nos ofrece los héroes que buscamos en tiempos de turbación. No creo que sea casualidad que los dos grandes momentos de la novela negra sean los años de la Gran Depresión y el final del siglo xx y comienzos del siglo xxi. Épocas de crisis, de populismos y de descrédito profundo de las élites políticas y económicas e incluso del sistema democrático y de sus instituciones. Por eso, los detectives que protagonizan las grandes novelas del

género suelen ser gente independiente y hasta rebelde, con un sentido insobornable de la justicia y una aversión profunda a los poderosos.

—¿Tú crees?

—Si lo piensas bien, verás que en los mejores ejemplos del género subyace siempre un sueño húmedo de *sans-culottes* que guillotinan a los ricos. Y el corolario es otro elemento crucial en la popularidad de la novela negra.

—¿...?

—En ella suelen ganar los buenos...

—Como en la vida misma, ¿no?

—No, en la vida real casi siempre ganan los malos.